

y pronunciada la frente, iluminada por dos ojos vivos, pequeños, de un fulgor inquietante.

—Ignoramos—dijo— las manifestaciones y orígenes del mal, pero el mal existe. No está en los cuidadosos y expertos riñones, ni en el corazón, irresponsable y candoroso; ni en el hígado, triste y apasionado; ni en los pulmones, diligentes e ignaros; ni en ninguna de las vísceras fácilmente observables. Hay que decirlo claro y sin ambages. El paciente va perdiendo en un ritmo gracioso la "voluntad de poder", y se muere. Está para estallar ante la visión ajena la irisada burbuja de su mentira vital. Tratemos de incorporarle de nuevo al torrente de la vida, insuflándole por medio de fuertes vibraciones nerviosas la "voluntad de poder". Todas esas entidades patológicas de que ustedes hablan son imágenes verbales. Dense cuenta de esto y todo aparecerá clara y sencillamente a sus espíritus ya insofisticados.

Era la razón humana el enfermo. La junta de facultativos representaba la *Crítica de la razón pura*, por medio de la cual el filósofo de Koenisberg demostró que el análisis impávido, la asendereada razón humana, flaca y elusiva cuando se estudia a sí misma, servían para convencernos de que el hombre no puede llegar a comprender ni la idea de un ser superior a las leyes naturales, a cuyo desarrollo preside, ni tampoco las nociones que de esa idea se desprenden. El diagnóstico sobre el estado general poco satisfactorio simboliza la *Crítica de la razón práctica*. El médico germano-eslavo es Nietzsche, que ha negado en sus obras la necesidad de que la verdad exista, y poniendo fuera del orden filosófico y moral la libertad del pensamiento, declara que el resorte vital por excelencia es la "voluntad de poder", regida no por los postulados de la fuerza bruta, sino por actividad de la inteligencia y las prerrogativas eternas del arte.

Baldomero Sanín Cano

Persiflage

El terremoto de Managua y los marinos

= Colaboración directa =

A don *Elie Hazera*, antiguo y excelente profesor de inglés en el Instituto de Alajuela y actual Ministro de Nicaragua en Costa Rica, con los más cordiales votos por que pronto vuelva a dedicarse a la enseñanza.

Para los nicaragüenses el terremoto que abatió a Managua no puede haber sido cosa nueva, sino continuación de la demolición iniciada por los aviones de guerra de los Estados Unidos en la región norteña del país. Noticias que llegan de Managua dicen que el sacudimiento de la tierra hizo pensar a muchos de sus habitantes en que por fin sobre sus hogares se había desatado la barbarie yanqui en la misma forma que en las Segovias. Millares de ojos se alzaron al cielo menos en actitud de plegaria que escudriñando entre las nubes de polvo por si veían los aviones de guerra de la nación de Coolidge y de Stimson y de Hoover.

Durante cuatro años los Estados Unidos sistemáticamente han venido dejando en escombros los departamentos setentrionales de Nicaragua. Lanzando bombas desde el aire, cobardemente han asesinado a más nicaragüenses pacíficos que los que mató el hundimiento de Managua. Los sobrevivientes de Managua ya saben lo que sus hermanos de las Segovias centroamericanas han sufrido. Aquellos que en Managua han perdido todo su haber, ya saben cómo desde hace cuatro años vienen sufriendo las víctimas del estúpido imperialismo armado de Norte América. Los que han perdido a seres queridos, a esposas, a hijos, a padres, a hermanos, en Managua, ya saben qué dolor ha traspasado el corazón de los millares de humildes segovianos que han visto a sus seres más queridos asesinados desde el aire por las naves aéreas de Mr. Coolidge, de Mr. Stimson y de Mr. Hoover. Lo de Managua fue obra de Dios. Dios da y Dios quita, y si deja pena en el alma, no deja rencor. Pero que Dios haya dado y que los piratas organizados del Cuerpo de Marinos de los Estados Unidos

quiten, eso sí es pena, eso sí es veneno y emponzoña. Innumerables corazones de la América Central se llenan hasta desbordar de simpatía muy sincera pensando en las víctimas managüenses. A mí casi no me produjo dolor la noticia de la destrucción de Managua. Mi corazón desde hace cuatro años ha venido abriéndose al dolor de las víctimas de la ocupación yanqui en Nicaragua y está ahito hasta la insensibilidad. Los hogares de la pobre gente sandinista también han quedado en escombros, y bajo esos escombros hombres y mujeres y niños han sido sepultados; los haberes de esta pobre gente se han ido en humo, ardiendo en llama que los marinos han encendido en cerca de cien poblaciones. Y para ellos no ha habido socorro, no ha habido auxilios, no ha habido colectas, no ha habido Cruz Roja. Recordemos que fue condecorado por el Congreso norteamericano aquel marino a quien se le ocurrió demoler la callejuela central de Quilalí para que los aviones tuvieran campo de aterrizaje en esa población. La catástrofe de Managua ha sido terrible, pero es sólo uno, y no el mayor, de los males que en los últimos años han afligido al pueblo nicaragüense; y el mayor de esos males ha sido y sigue siendo la ocupación norteamericana. Ella cuesta más vidas y más pérdidas materiales que el terremoto managüense; y no se sacia jamás. A los muertos entre los escombros de Managua hay que añadir los numerosos fusilados por balas yanquis en medio de las ruinas; a las casas que el terremoto destruyó hay que añadir la destrucción de la dinamita y de las teas incendiarias de los marinos. Casas hubo que quedaran en mal estado pero todavía en pie. Lo que dentro de ellas había, podía rescatarse. Pero al yanqui ¿qué le importaba!

De manera que, para brindarles a los hacedores de películas la oportunidad de tomar vistas de una ciudad incendiada, los marinos les pegaron fuego a esas casas. ¿Y cuántos no habría vivos, entre cavidades formadas por las casas al desplomarse, que sin embargo perecieron de la manera más inhumana cuando los marinos de Mr. Hoover determinaron agotar la dinamita que tenían en un afán de superar en poder destructivo a la inconsciente naturaleza! Estas cosas es preciso decirles, ya que las agencias de prensa, controladas por el mismo yanqui, quieren aprovechar la oportunidad para hacer aparecer a los Estados Unidos como ejemplarmente generosos en prestar auxilios y socorros. ¿Farsa y mentira! El papel de los Estados Unidos en la catástrofe de Managua se ha distinguido por la crueldad con que sobre el dolor del terremoto amontonó pesares y duelo y miseria.

Costa Rica tiene fama de ser separatista, de considerarse pueblo aparte de los demás de la América Central. La catástrofe de Managua ha venido a probar que, si ese sentimiento existe entre nosotros, no es muy hondo. Verdadera aflicción se apoderó de los ánimos de todos al saber que Managua había sido destruida. Cada nueva información acerca del siniestro ha hecho vibrar el corazón unánime de los costarricenses como un solo hombre hemos económica, pero ello no ha sido bastante para ahogar en egoísmo la generosidad pública. En Costa Rica se ha recogido abundancia de auxilios para la gente desvalida de la ciudad deshecha. El auxilio oficial ha sido escaso en comparación con el que han aportado los particulares. Los costarricense como un solo hombre hemos respondido fraternalmente al grito de angustia de Managua. Urge, por consiguiente, que la hermanable dádiva de Costa Rica no se descarríe a malas manos. Y a malas manos irá si se entrega al gobierno nicaragüense servil del yanqui inmisericorde. Cuantos costarricenses han ido a Nicaragua y han presenciado el desastre de Managua, han dicho, cuando no por la prensa, en la mayor sinceridad de los corrillos, que el grupo de vividores que apoyado por las bayonetas yanquis gobierna en Nicaragua, se echa sobre los socorros llegados, para provecho propio. Los socorros de El Salvador, esa república prudente se negó a entregarlos ni al gobierno de Moncada ni a los marinos. Eran del pueblo salvadoreño para el pueblo de Managua, y se insistió en que llegaran a éste. Otro tanto debe hacerse con los auxilios recaudados en Costa Rica y que ascienden a muy respetable suma. No deben entregarse a la rapacidad de los marinos ni a la de Moncada y sus secuaces, sino que deben repartirse por una comisión costarricense entre las verdaderas víctimas del terremoto. Si esto no se hace, se habrá cometido doble burla: contra el dolor de Nicaragua y contra la generosidad de Costa Rica.